

Exaltación de la diferencia (horizontes americanos)

SAÚL SOSNOVSKI

Resumen

El factor de la memoria —“pensar y recordar el recuerdo”— es considerado como vehículo reconstructor de los elementos de una identidad propia. Asimismo, el autor critica toda tesis que propugne el fin de la historia, de las ideologías o de las utopías, así como a aquellas que ofrecen “superar las distancias y las diferencias”, por ejemplo la llamada globalización tecnificada, misma que debe ser comprendida en su justa dimensión. Son justamente las culturas diferenciadas —con memoria histórica— las que fungen aún como factores de poder en un mundo cada vez más transnacional. El autor advierte también que esta memoria colectiva no es sinónimo de nacionalismo exacerbado, ni de odios étnicos o religiosos. Concluye que los cambios culturales —de identidades— actuales no significan necesariamente la desaparición del sentimiento de pertenencia; antes bien, son un reajuste, y por ende una redefinición, del mismo “en el amplio comercio de las naciones”.

Abstract

The memory factor —“to think and to remember the memory”— is considered as a reconstructing vehicle of the elements of self identity. Also, the author is critical of all theses that propound to end history, ideologies or utopias, and also of those that offer to “overcome the distances and differences”, such as the so-called technicalized globalization, which must be understood in its true dimension. The differentiated cultures —with historic memory— are precisely those that act as power factors in a increasing transnational world. The author also points out that this collective memory is not synonymous with extreme nationalism, ethnic, or religious hatreds, and concludes that today's cultural changes —of identities— don't necessarily mean the disappearance of the feeling of belonging; rather, they are a readjustment and, therefore, a redefinition of it “in the extensive trade among nations”.

...la eternidad, cuya despedazada copia es el tiempo...

Jorge Luis Borges,
en *Historia de la eternidad*

El epígrafe proviene de “Historia de la eternidad”, título cuya ilusoria paradoja se desvanece al reconocer que Borges sólo se había propuesto historiar “esa burda palabra enriquecida por los desacuerdos humanos”.¹ En este mismo texto, el autor argentino considera:

Es sabido que la identidad personal reside en la memoria y que la anulación de esa facultad comporta la idiotez. Cabe pensar lo mismo del universo. Sin una eternidad, sin un espejo delicado y secreto de lo que pasó por las almas, la historia universal es tiempo perdido, y en ella nuestra historia personal —lo cual nos afantasma incómodamente.²

A partir de estas palabras, bien se puede desglosar que “historia personal”, “historia nacional”, “historia universal” (como se presume llamar tan sólo a la historia de la humanidad), carecen de duración cuando de su cronología están ausentes el conocimiento y la memoria.

En los últimos años, el tema de la memoria —pensar y recordar el recuerdo— ha comenzado a ocupar la atención de numerosos miembros de la esfera académica.³ Recordar, señalar ausencias, conmemorar, construir monumentos, quizás sean ejercicios propios del fin de un siglo pródigo en la cosecha sistemática de cadáveres. Se podría pensar en un ejercicio de balance fiscal con efemérides puntuales. Sin embargo, es posible que estos ejercicios respondan a una necesidad más imperiosa: reconstituir los elementos de *una* identidad precisamente cuando este término sólo pareciera existir

¹ Jorge Luis Borges, “Historia de la eternidad”, en *Historia de la eternidad*, Buenos Aires, Emecé, 1953, p. 11.

² *Ibid.*, pp. 5-6.

³ Véase, por ejemplo, John R. Gillis, *Commemorations. The politics of national identity*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1994.

en plural. Justamente cuando en demasiadas latitudes se impulsa la amnesia colectiva y la rescritura de la historia para responder a nuevas memorias, a aquellas que son las más útiles para el nuevo orden del día.

Pensar unas cuantas décadas es hacerlo a la medida del hombre; encuadrar un siglo en la violencia emblemática de un nombre —Sarajevo—, es definir una actitud ante las múltiples y segmentadas historias de un siglo compartido. Proyectar cualquier fin —sea éste de la historia, de las ideologías o de las utopías— es presumir que esta fractura del tiempo que nos ha tocado vivir definirá, quizá para siempre, uno de tantos porvenires. Diversas culturas, regiones y países hallarán en cada año de este siglo fechas precisas para trazar sus propios ciclos sin recurrir exclusivamente a instancias extracontinentales. Por ejemplo, la América política se redimensiona a partir de 1898; los centenarios de las guerras de independencia pudieron ser más elocuentes para el mercado interno que los números que marcan tiempos europeos, como también lo pueden ser tanto las masacres olvidadas en las versiones oficiales de la historia como la aprobación de leyes y normas que afectaron a poblaciones que jamás se enteraron del disparo que se dejó oír en todo el mundo. Sin embargo, los diversos grados de relaciones transnacionales han afectado la compleja red de las relaciones culturales y sociales, así como, obviamente, los mercados de los países americanos. En el año que comenzó la Gran Guerra se inauguró también el canal de Panamá; los marines desembarcaron en Haití, Nicaragua y Veracruz mientras Venustiano Carranza asumía el poder político en México. Estos hechos no pueden ser tomados, ciertamente, como una contrapartida local de los grandes “hitos” históricos en la historia europea de la misma época, pero sí pueden fungir como complemento parcial a una mínima incomodidad ante “Sarajevo” como pauta del siglo americano; pauta ineludible, por otro lado, porque nadie ha permanecido ajeno al nuevo orden que surge a partir de 1919 con el colapso del modelo europeo, ni ha podido sustraerse al escándalo moral de los embates más recientes. En ambos extremos reinó la teoría del desencanto.

Quizá la sobrecarga de información —ya que no de sabiduría— impulse a justificar la superioridad de los días que compartimos; quizá los incesantes embates de una tecnología de avanzada expli-

quen la fe que proclama la inscripción de una nueva era. Creerlo permite pensar, una vez más, que el transcurso del tiempo tiene sentido, que el progreso y la evolución son un componente propio de toda existencia y que nada es totalmente gratuito. En un arrebatado de optimismo, se suelen trazar líneas, se componen cuadros, se ordena el caos de lo inexplicable y — con resignación o felicidad— se acepta que, a fin de cuentas, se puede llegar a comprender el entramado de apuestas por medio del cínico “todo vale”, que también es propio de este siglo.

En este “todo vale” se conjugan las relaciones propias de un milenarismo paradigma guerrero: los medios caen en el olvido y sólo sobreviven y cuentan las crónicas de la victoria. Las fases armadas de las conquistas, cuya transparencia permitía reconocer con mayor claridad tanto actos de resistencia como de sometimiento y entrega, se revisten hoy en día de un estilo aparentemente más piadoso aunque, en última instancia, no menos insidioso. Al igual que en siglos pasados, el progreso y las claves de acceso al futuro —ya que no a la eternidad— están disponibles. A cambio del módico costo de una cultura propia y de una identidad diferenciada, sigue siendo posible adquirir la indumentaria de la moda.

Por esa misma razón también tenemos que pensar desde la memoria. Porque con sólo postular “globalización” pareciera que nos hubiéramos suscrito a la aldea virtual, cibernética, que supera las distancias y las diferencias. Sin embargo ésta, a pesar de sus alcances, no ha dejado de ser la provincia de un reducido porcentaje de habitantes, precisamente de aquel sector que, en diferentes grados de posesión, se beneficia de la globalización económica, así como también de la integración política transnacional. Se trata de un sector social con un alto índice de reproducción, que se reconoce en su nueva identidad cibernética: la posesión de una carta de ciudadanía electrónica. El acceso a una tecnología de punta que, en efecto, ya es suministrada con mayor facilidad, y que es dócil y gratamente aceptada, impulsa a gozosas entregas. Resistir ese deseo no es en sí una virtud, ciertamente; aunque tampoco lo es ignorar sus señas de identidad, así como sus costos.

Si las pugnas por el poder asumen, hoy día, otras máscaras, si hoy los enfrentamientos armados son más acotados, evidentemente ello no se debe al fin de las ideologías sino al triunfo de una de ellas. Los

choques desplazados hacia nuevas o renovadas clientelas tampoco responden, dicho sea de paso, a la ya desacreditada esperanza de quienes habían proclamado el fin de la historia. Para ellos, la memoriosa materia que es cuerpo de la historia habría cumplido con su cometido; sólo le cabía desintegrarse en el olvido para que una nueva era impusiera su rigor.

El desmantelamiento de la Unión Soviética y la fragmentación de la que fuera Yugoslavia muestran la fragilidad de un agregado político impuesto por la fuerza, así como lo endeble de soberanías compartidas o entregadas. Entre los múltiples arcos que podemos trazar para pensar este siglo se halla, en efecto, el tránsito de los imperios y los estados nacionales al resurgimiento de minorías étnicas y de culturas diferenciadas como factores de poder justamente dentro de la retórica transnacional. Ya es un lugar común recordar que globalización es otro modo de afirmar el triunfo de Estados Unidos y que, al igual que el de todo otro imperio, este triunfo va acompañado de un idioma que porta una cultura y sustenta valores que podrán o no ser compartidos por quienes suscriben otras cartas de ciudadanía. La globalización no es una respuesta a la intolerancia de los nacionalismos; es una propuesta que ejerce una versión hegemónica de la que, por ahora, es su historia. Ignorarla es imposible, es inútil y, peor aún, irresponsable en la conducta de los estados. Por otra parte, conocerla y hacer uso de sus recursos tecnológicos no tiene por qué conducir indefectiblemente a una autoentrega de la nación.

En este contexto cabe aclarar que es impropio equiparar identidad nacional con nacionalismo exacerbado, cuyas raíces se reconocen en odios raciales, étnicos o religiosos. Evidentemente, las heridas no dejan de ser menos profundas ni las atrocidades menos condenables si se deben al febril patriotismo nacionalista que a la intolerancia étnica o religiosa, o a la exaltación de la limpieza de sangre. Durante el sexenio salinista en México, un infausto funcionario de su gobierno, en un inglés tan impecable como su uniforme de tecnócrata, exclamó: "*Think of us as North Americans, not as Latin Americans.*" Ante tanta hipocresía nacionalista, esa franca admisión de una lealtad desviada hacia el norte —máxime en el contexto de lo que poco después se desencadenó en el orden institucional mexicano— fue una pausa refrescante.

Hoy, como siempre, se trata de distinguir entre saber quién se es y cuáles son los marcos de la pertenencia personal y, desde luego, de la voluntad de imponer las propias definiciones sobre los demás. En este sentido resulta aleccionador constatar la distancia que separa a las cada vez más envejecidas proclamas revolucionarias de sus alcances reales, a la retórica del crecimiento económico de los índices de inequidad y marginación, a la promesa de reconocer y respetar la validez de la diferencia ante el escamoteo de los derechos.

No sólo la globalización define nuestros años. Como los misiles intercontinentales que hoy parecen haber caído en desuso, las migraciones masivas ya tienen, y tendrán cada vez más, un efecto transformador de toda cultura que se quiera o perciba homogénea. Mientras en América Latina se imponen cada vez más los productos estadounidenses y un idioma que desplaza el aprendizaje de otras lenguas, dentro de Estados Unidos los descendientes de inmigrantes de otras décadas y escasos siglos, temen las proyecciones demográficas que grafican el crecimiento de las poblaciones provenientes de las Américas y de Asia. Los cambios culturales se están produciendo en las entrañas de la nación y se registran en la cotidianidad de los sabores, de los sonidos, de las artes, de la lengua que sabe acceder por los intersticios de porosas fronteras. Al margen de los núcleos cerrados a (y en) la preservación de los elementos constitutivos de su identidad, ésta atraviesa procesos de reajuste en el amplio comercio de las naciones. Estos procesos son parte de un perpetuo acto antropofágico que incorpora elementos disímiles al diseño e imagen del cuerpo original. El resultado no llegará a ser una figura acabada ni un modelo sin fisuras, sino suma de fracturas, cicatrices, huellas de la memoria histórica que podrá o no ser preservada con el paso de los días y los deseos.

Las identidades poseen su respectivo centro diferencial (“esencia” o “artículos de fe”, dirían algunos) pero su piel, la zona del ser que permanece expuesta a los otros, es permanentemente redefinida. También en esta dimensión los límites entre culturas dominantes y minoritarias se diluyen en los cuerpos de los descendientes. Excepción hecha de doctrinas arraigadas en pactos ancestrales y promesas divinas, con el paso de los años y las generaciones esos mismos límites adquirirán el perfil y la dimensión de los territorios apropiados. El traslado de una cultura a otro territorio implica el deseo de

reproducirla a costa de las ya existentes. Como ya ha sido ampliamente documentado para los procesos de colonización en las Américas, la violencia inicial (e inacabada) cede ante el régimen de las apropiaciones y la paulatina construcción de identidades diferenciadas que eventualmente serán vistas como la línea de defensa ante nuevos invasores.

En este régimen de aceleradas transacciones se vuelve tan conflictiva la manutención de una identidad diferenciada, sea ésta nacional, étnica o religiosa, como cualquier voluntad de alterarla. Las opciones, sin embargo, no son claudicación y entrega o clausura de fronteras y el silenciamiento de la disidencia. Hay zonas en que naciones y culturas diferenciadas pueden ejercer el diálogo. Éste es posible y productivo cuando existe un claro sentido de pertenencia, de suficiente seguridad en el ser propio que se lo percibe en la pluralidad de sus componentes y funciones, cuando se comprende la complejidad propia de un sistema democrático que exige la superación del yo como medida absoluta de la comunidad. En tal sentido, el camino por el territorio de la tolerancia comienza a ser una definición de futuro y ya no más el miedo que conduce a las trincheras.⁴

⁴ Sobre el caso europeo, véase John Keane, "Naciones, nacionalismo y ciudadanía europea", en *Anales de la Cátedra "Francisco Suárez"*, núm. 31, 1994, pp. 79-99.